

EL MUNDO EN ARMAS: LAS MUJERES Y LA GRAN GUERRA



La Primera Guerra Mundial aceleró de una manera dramática, debate y conflicto sobre la condición femenina. El presente artículo se ocupa de esta revolución transformadora a través del prisma de una serie de personajes que, individual y colectivamente, merecen ser recordados por su contribución hacia la meta de la igualdad política y social de la mujer.



Héctor López Aréstegui

Abogado. Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Lima. Colaborador de la "Revista de Marina" y "Pensamiento Conjunto".

El 4 de agosto de 1914 se encendió la mecha que produjo la primera gran explosión del mundo en el siglo XX. Ese día empezó una guerra que fue, parafraseando una cita del estadista británico Sir Winston Churchill¹ (1874 – 1965), “el colapso de certidumbres y la emergencia de lo imposible”.² Muchas cosas que habían empezado a andar se aceleraron de una manera dramática, entre ellas el debate y conflicto sobre la condición femenina. Y es que el paso de la guerra tradicional –un asunto predominantemente masculino– a la guerra industrial, trajo consigo una movilización femenina sin precedentes en escala y consecuencias. En el presente artículo nos ocuparemos de esta revolución transformadora a través del prisma de una serie de personajes que, individual y colectivamente, merecen ser recordados por su contribución hacia la meta de la igualdad política y social de la mujer.

INGLATERRA Y FRANCIA: HACIÉNDOSE DIGNAS DE LA CIUDADANÍA

Enero de 1915. El corresponsal en Londres del rotativo barcelonés LA VANGUARDIA, H.O Wilson, describía así el estado de ánimo en la capital británica, cinco meses después del estallido de la guerra: *“Todo ha cambiado en pocos meses. Cerca de millón y medio de hombres jóvenes, pertenecientes a la juventud inglesa más bullanguera, están en el norte de Francia o instruyéndose en los campos de instrucción militar. Las jóvenes inglesas están trabajando para los que se van a la guerra, o cuidan de los heridos o se ocupan en la confección de uniformes militares y hacen abrigos para los soldados. Desde hace seis meses se ha abandonado toda frivolidad y festejo, prevaleciendo en el pueblo un espíritu totalmente distinto”*.³

PALABRAS CLAVE: Primera Guerra Mundial, femenina, mujeres, guerra, revolución, transformación, igualdad, contribución, trabajo, movilización, campo de batalla.



Dos años antes el mismo hombre de prensa refería exactamente lo contrario respecto al talante de la movilización femenina:⁴ *“Hemos llegado a una crisis en lo que se refiere a la agitación en favor del sufragio femenino que, si no se resuelve pronto, traerá consecuencias de veras revolucionarias. Las últimas hazañas de las sufragistas militantes son de carácter tal que afectan a los derechos y libertades –sin decir nada de la vida y el bolsillo– de cada individuo de la comunidad. El gobierno parece impotente ante la agitación; la policía se muestra igualmente débil y, el público, por su parte, no parece tampoco saber qué hacer, a menos que se decida a hacerse justicia por sí mismo, cosa que no es, a lo que se ve, muy improbable. El telégrafo les habrá informado sobre los atentados de las sufragistas contra los correos, por los cuales millares de cartas quedaron destruidas. Pero no les habrá dicho todas las consecuencias que han resultado del suceso. Armadas de botellas llenas de ácidos corrosivos, de tubos de líquidos viscosos y negros, y en algunos casos de frascos de petróleo y cajitas de cerillas, unos centenares de mujeres visi-*

taron el otro día tantos buzones en Londres y otras ciudades, y simulando echar al correo una carta, vaciaron el contenido dentro del correo de la noche, el mayor y más importante del día (...)”

¿Qué había sucedido para que se pasara de la subversión a la paz social? Gran Bretaña estaba en guerra y sus mujeres respaldaban decididamente su causa. Convertidas en un verdadero ejército interior que apoyaba las medidas gubernamentales, las sufragistas, al mando de la señora Emmeline Pankhurst (1858 – 1928) –fundadora de la Unión Social y Política de las Mujeres (Women’s Social and Political Union)– eran un activo para demostrar al mundo “la justicia de la causa británica y la perfidia de Alemania”.⁵ La consigna había cambiado, en lugar de la confrontación había que mostrarse dignas de la ciudadanía, dejando de lado –momentáneamente– las reclamaciones.

Veamos ahora que ocurría en la otra orilla del canal de la Mancha. Otra crónica –esta vez sin fir-



Conductoras de ambulancia británicas del Primer Destacamento de Voluntarias, Francia, 1917.



ma— publicada por el diario barcelonés antes mencionado, nos ofrece un artículo firmado por Tomy D’Ulmes,⁶ quien escribía que *“Con la guerra la vida de las burguesas ricas y de las damas aristócratas, se ha transformado completamente. Desde una punta a otra de Francia, en todas las ciudades, puede verse el mismo cuadro repetido, de modo que llega a creerse que uno se encuentra siempre en el mismo lugar: una sala de hospital vasta, las más veces cómoda, con sus camas arregladas, ocupadas por los heridos, y otros heridos que caminan penosamente apoyándose en sus muletas o en un bastón, vestidos todos distintamente; mientras las señoras, todas uniformadas de blanco, con un velo que enseña sobre la frente, la Cruz Roja, cuidan de los enfermos, mostrándose siempre amables, atentas, presurosas. Este cuadro no tiene nada de heroico, pero tampoco es triste. En muchas partes se ven colocados búcaros con flores; la sala se mantiene aireada y con el debido confort; en todas partes se hace sentir una atmósfera de cordialidad y de simpatía”*.⁷ Añade la



Arresto de una sufragista británica, Londres, 1912.

crónica que citamos que “la austera moda de la abnegación puede imponerse sin un motivo superior, y estos motivos provienen sin duda de la evolución que, poco a poco, se ha ido operando en el espíritu de la mujer... Hoy en día el conjunto de las costumbres se ha modificado lo mismo en las clases elevadas que en la pequeña burguesía. Se han multiplicado las ocupaciones, los sports han hecho los músculos más robustos, la cultura intelectual ha refinado el espíritu, el deseo del propio bienestar ha redoblado la actividad humana. La romántica, la soñadora, es un mito, porque los tiempos ya no se adaptan al ensueño ni al romanticismo. Aquellas mujeres que se desmayan al ver correr la sangre inspirarían lastima. La sensibilidad va desapareciendo”.⁸

En el mismo sentido que en las mujeres pudientes, aquellas provenientes de las clases populares respondieron al llamado del deber con similar circunspección y sacrificio. La transformación de Mimi Pinson —personaje creado por el escritor francés Alfred de Musset (1810 – 1857), arquetipo de la parisiense de origen modesto del siglo XIX y comienzos del XX— de coqueta costurera en disciplinada obrera de la industria bélica, fue notable. El periodista español Agustí Calvet Pascual, Gaziel (San Feliú de Guíxols, Gerona, 7 de octubre de 1887 – Barcelona, 12 de abril de 1964), corresponsal de LA VANGUARDIA, de Barcelona dejó testimonio de ello en una crónica en que relataba su visita a una fábrica de municiones en los suburbios de París: *“ (...) Nos han rogado que encubriéramos el nombre del establecimiento. Sea: lo designaremos tan sólo con su inicial. Estamos en la fábrica C, instalada en los suburbios de París, a la orilla del Sena. Sus más grandes talleres han sido construidos desde que empezó la guerra y a raíz de ella. Trátase de una fábrica de proyectiles: granadas de 75, shrapnels, balas de fusil, etc. Pero ¿En qué consiste su originalidad? ¿Por qué la incluimos entre las últimas novedades parisienses? Muy sencillo: porque en esta fábrica sólo trabajan mujeres, en número de 6.000, muchas de las cuales fueron un tiempo maniqués y midinettes. ¿Cabe imaginar una novedad más significativa?*

(...)

La impresión que se recibe al visitar estas fraguas, es una mezcla de asombro y de terror. Pare-



ce irreconocible que la feminidad sea capaz de una energía tan extenuante y tan ruda. De ahí el asombro. Pero, al mismo tiempo, la visión da las obreras asusta, porque revela uno de los aspectos más constantes y peculiares del bajo pueblo de Francia. Por una asociación de imágenes irresistible, al ver a esas mujeres robustas y como enfurecidas por el ardor de sus hombrunos trabajos, pensamos involuntariamente en que así debieron ser, desgredadas y rojas, cubiertas de sudor, jadeantes e infatigables, las heroínas canallescas de la Revolución. No hay que engañarse: estas mujeres son las mismas de entonces y sus alientos descomunales idénticos. Lo que ha cambiado únicamente es la dirección, el sentido de su ardorosa actividad. Ahora trabajan para defender la patria, bajo una disciplina de orden gubernamental porque las circunstancias lo han dispuesto así (...)

Si en las fraguas se percibe en su plena expansión el inaudito empuje de las mujeres del pueblo, en otros talleres de la misma fábrica encontramos en cambio la flor de la femineidad parisiense. Aquí es donde han venido a concentrarse propiamente las alegres catervas de modistillas que han debido abandonar el obrador elegante y la aguja, para buscar trabajo en las industrias guerreras. El cobertizo donde están reunidas es claro, nuevo, muy alegre e inmenso. Subamos a la galería que lo domina, para abarcarlo mejor. A nuestros pies se extienden varias series paralelas de mesas, llenando por completo el taller. Más de 4.000 muchachas están sentadas, trabajando. Unas se encargan de rellenar de balines los shrapnels torneados; otras miden y examinan, cerciorándose de que no tienen resquebrajada alguna, por medio de una bombilla eléctrica que introducen y alumbran en el interior del proyectil. Otras cargan balas delgadas de fusil, las cuentan y empaquetan, como si fueran bombones o peladillas (...)

Pero lo más significativo es el aire pulquérrimo y la delicada laboriosidad de las obreras. Todas ellas visten blusas de hilo, muy limpias, y están peinadas con un esmero que parece impropio del lugar o excesivo. A pesar de que la índole de su trabajo es sobremana conducente a estropearles las manos, las tienen todas aliñadas con una coquetería ejemplar: los dedos blancos como si tocaran seda, las uñas impecables, brillantes. Cogen los proyecti-

les y los manejan con la misma sutileza de tacto que empleaban, un tiempo, en confeccionar los trajes riquísimos y los mantos de pieles. Muchos tienen los labios ligeramente teñidos de carmín postizo, y los párpados ensombrecidos con lápiz de tocador. Son, en fin, las famosas midinettes o costureras de París que, al abandonar sus antiguos talleres, ante la crisis fugaz de la moda, han ingresado en las fábricas sin abdicar sus pequeñas locuras de frivolidad, las mujeres de pueblo que trabajan en la fragua contigua, las llaman despreciativamente les poupées, las muñecas...”⁹

En Inglaterra y Francia la movilización femenina era una política gubernamental desde el inicio de la guerra. Así, el presidente del Consejo de Ministros, Jean Raphael Adrien Viviani (1862 – 1925), llamaba al trabajo a las francesas con las siguientes palabras: “¡De pie, mujeres, niñas, hijas de la patria! Sustituid en el campo de trabajo a quienes están en el campo de batalla ¡Preparaos para mostrarles mañana, la tierra cultivada, las cosechas recogidas, los campos sembrados! En estas horas graves no hay tarea pequeña. Todo lo que sirve al país es grande ¡En pie!”.¹⁰

En efecto, no había trabajo pequeño ni menudo, y así lo comenta el periodista español Jorge Luis de Sagredo, al ocuparse de una de las figuras femeninas más próximas al combatiente, la madrina de guerra: “Si al artículo de un periódico pudiese dedicarse como se hace con un libro, yo no vacilaría en escribir al principio de éste las siguientes líneas: “A vosotras admirables mujeres francesas, cuya nobleza y generosidad de sentimientos fueron frecuentemente desconocidos, os dedica estas cuartillas quien solo se propone con ellas asociarse a una obra de justicia en favor vuestro. Durante mucho tiempo una literatura malsana, saboreada con deleite por un público más malsano aún, dejando en el olvido de vuestros honrados hogares a los millares de vosotras que erais en ellos noble ejemplo de esposas y de madres cristianas, fue tan solo a buscar a las desgraciadas que se arrastraban por el fango de los bullevares, a las que exhibían su impudicia en los cabarets y en las tabernas de moda entre aclamaciones de rufianes y halagos de canallas y a las que, más por culpas ajenas que por defectos propios, mancillaban el santuario de la familia con las huellas del



adulterio, para hacer de ellas el tipo de una raza o el símbolo de una sociedad corrompida. No supo tal literatura ofrecer a la admiración universal el modelo de aquellas de vosotras que en las ciudades o en los campos, lo mismo en las grandes poblaciones que en los reposados rincones de provincias, consagrabais vuestras vidas a la felicidad doméstica guiadas por el espíritu del trabajo, dirigidas por el hábito del orden y estimuladas por el beneficio del ahorro, por ese ahorro gracias al cual habéis podido volar en auxilio de la patria amenazada en el momento en que ésta os llamaba con gritos de angustia. Nos presentaron el cabaret inmundo exhalando pestilencias de ajeno o el boudoir elegante y lujurioso y no nos ofrecieron la amable visión de vuestras casas, coa los armarios, herencia de vuestros padres, guardando en orden vuestras blancas ropas cuidadas por vuestras delicadas manos, con vuestros cuartos limpios, y alegres pregonando los desvelos de un ama diligente con vuestras cocinas aseadas, con vuestras salitas adornadas de flores para recibir el regalo de la luz. No quisieron que os viésemos trabajando en los talleres, en los comercios, en las bancas y en las grandes compañías. No supieron revelarnos la obra de formación espiritual de vuestros hijos gracias a la cual pudieron un día aponer una barrera infranqueable al ejército más poderoso que recuerda la historia. Fue precisa que llegase la guerra, la espantosa catástrofe, para que se hiciera la luz y se os viera surgir admirables, desmintiendo en un instante la ofensiva fábula, presentando al mundo toda la grandeza de vuestras almas, todas las delicadezas de vuestros nobles corazones.

¿Habría alguien que se atreviera a negar la justicia de estas palabras? Si desgraciadamente tal cosa ocurriera, lo que no creo bastaría para sostenerla invocar aquí la figura de la madrina de guerra, nuevo aspecto bajo el cual se han revelado los generosos sentimientos de la mujer francesa.

La invasión y ocupación por el ejército alemán de varias provincias origino el aislamiento de los numerosos habitantes de ellas, las más pobladas de Francia, del resto de la patria. Muchos de aquéllos fueron internados; otros permanecieron en sus pueblos y en sus casas; unos y otros quedaron incomunicados.

Inútil es decir que la mayoría de esas familias tenía a alguno de ellos suyos en las filas francesas. Estos quedaron, desde aquel instante, privados del consuelo supremo de recibir noticias de sus padres, de sus esposas, de sus hijos y de sus hermanos. Igual aconteció con el ejército belga. La situación de unos y otros, esa orfandad espiritual en que los incidentes de la guerra les había colocado; dio motivo a una manifestación esplendorosa de los delicados sentimientos de la mujer francesa, la que no vaciló en acudir en auxilio de aquéllos para suplir esa falta y mitigar esa peina. Así nació la madrina de guerra.

(...)

Y la madrina, supliendo también las delicadas atenciones, sabía asimismo acercarse a su ahijado en aquellos días señalados en que la soledad se hace más penosa, ofreciéndole urnas cajas de galletas, unas latas de conservas o un abrigo para su cuerpo. Pero no era esto suficiente. Muchas veces el soldado caía herido: desde la ambulancia era trasladado al Hospital distante a los suyos, ella – la madrina – emprendía un viaje, a veces largo y penoso, para llegar a aquél Hospital y consolar con su presencia al huérfano, al amigo, al ahijado, cuando no para recoger su último suspiro y sus postreras palabras a fin de guardarlas como sagrado depósito a entregar el día de mañana a una madre, a una esposa o a unos hijos en el doloroso instante de reintegrarse a sus hogares enlutados.

(...)

Y así, cuando la guerra termine, cuando la bendita hora de la paz suene, al recordar las generaciones futuras el horrible delirio de la humanidad destrozándose la figura de la madrina de guerra surgirá esplendorosa como símbolo admirable de la mujer francesa”.¹¹

ALEMANIA: CARESTÍA Y REVOLUCIÓN

En Alemania la población femenina también realizó las mismas actividades que su contraparte en Inglaterra y Francia. Sin embargo, el conformismo cultural y social de la era Guillermina¹² no le permitía asumir el rol orgánico y político que cumplían las mujeres británicas y galas. Tomemos como ejemplo la vida de una joven maestra del pueblo de Verden, en el norte de Alemania,



Gertrud Schädla, que se definía en muchos casos como buena cristiana protestante, patriota germanista y comprometida con su familia.¹³ En su diario, Schädla escribía sobre la victoria alcanzada en Tannenberg, en agosto de 1914: *“Nuestro amado Dios nuevamente nos ha ofrecido su ayuda (...) a Inglaterra, pérfida traidora, también alcanzará la providencia divina”*.¹² Esa presencia de ánimo contrastaba con la de sus hermanos, quienes temían la llegada del llamamiento a filas. Cuando éste llegó, dejaron su hogar para nunca volver a él, pues sus restos mortales no fueron repatriados. Sobre ello Gertrud escribió: *“¡Muerte, eres tan amarga! ¿Cómo podremos encontrar consuelo?”*.¹²

El desconsuelo de Gertrud también tenía una alta proporción de temor al futuro. En los Imperios Centrales la muerte de un padre o hermano en combate podía significar la pérdida de la subvención económica que recibían las familias militares. ¿Dejaría la familia Schädla de recibir esa magra subvención a la que tenían derecho? Si la conservaban, ¿Cuál sería la actitud de sus vecinos que no tenían derecho a ella? En el peor de los casos, dada la acuciante

carestía de víveres en toda Alemania –que llegó a convertirse en una guerra entre Prusia y el resto de los estados alemanes por guardarse para sí sus escasas provisiones¹⁴– ¿Se les proveería finalmente del subsidio?

Cuando la guerra se hizo sentir con mayor crueldad en la población alemana, los temores de mujeres como Gertrud Schädla devinieron en pesadillas. Los motines por falta de alimentos se develaban con cargas de caballería y, en algunos casos, con ametralladoras. El 25 de marzo de 1917, las calles de Düsseldorf se vieron inundadas por 5,000 mujeres *“cantando canciones revolucionarias y pidiendo pan. El Ayuntamiento fue apedreado (...) La policía cargó contra los manifestantes, hiriendo algunas mujeres (...) Han tenido lugar parecidos desórdenes en otras ciudades de Alemania del norte”*¹⁵ Aquellas mujeres eran las suplentes de los padres, maridos e hijos ausentes o muertos; a diferencia de las británicas y las francesas, su guerra no tenía un norte. En aquel río revuelto actuaron las lideresas comunistas Rosa Luxemburgo (1871 – 1919) y Clara Zetkin (1857 – 1933). Luxemburgo, teórica marxista y fundadora



Emmeline Pankhurst, Maria Bochkareva y el Batallón de la Muerte, Petrogrado, 1917.



del Partido Comunista de Alemania, PKD, murió en la revolución espartaquista de enero de 1919 en Berlín. Zetkin es recordada como una de las impulsoras de la iniciativa de la creación del Día Internacional de la Mujer, en el II Encuentro Internacional de Mujeres Socialistas (1910) en Copenhague, Dinamarca. Durante la República de Weimar fue diputada comunista en el Reichstag. Murió en el exilio, en Moscú, en 1933.

EN EL CAMPO DE BATALLA: LAS MEJORES EN UN MAL TRABAJO

El “hechicero galés” –sobrenombre con el que se le conocía a uno de los estadistas británicos más importantes del siglo XX, David Lloyd George (1863 – 1945)– ganó abrumadoramente las elecciones del 14 de diciembre de 1918 con una sola promesa: hacer de Inglaterra una nación digna de sus héroes. Este y otros proyectos políticos fracasaron por la apabullante realidad de los tratados de paz que pusieron fin a la guerra, y los héroes pronto se convirtieron en los olvidados de la paz y, en muchos casos, de la derrota final. Esto último fue lo que ocurrió con una figura legendaria en aquel momento, la coronel de cosacos Alexandra Kudasheva (1875 – 1921). Veamos una descripción del personaje: “La coronela Kondasheva, hermosa mujer que camina en los campos de batalla de Rusia con el sable al brazo en su alta calidad de jefe de un regimiento de cosacos de la Ucrania, acaba de ser objeto de una distinción honrosa por el zar de todas las Rusias. Herida dos veces en Augustowo y en Lublín, citada varias veces en las órdenes de mérito, para la más alta promoción, la coronela Kondasheva ha recibido delante de las tropas de su regimiento las insignias de la Cruz de San Jorge y la cordial felicitación de Nicolás II.

Hace dos meses y medio que fue gravemente herida en los Cárpatos con un balazo en el pecho, al cargar con sus escuadrones sobre varios regimientos de caballería austriaca. Convaleciente en un hospital de Varsovia, sigue con interés la guerra y la suerte de su regimiento al que espera volver apenas lo permita su estado.

La señorita Kondasheva ya era conocida en todo el imperio por haber realizado el viaje a caballo más

largo emprendido por una mujer. Partió de Harbin, atravesó la Manchuria, Siberia y los bosques de la Rusia europea, siendo su término Petrogrado. Cubrió, pues, una extensión de 8,000 millas, y aunque el viaje estuvo libre de incidentes dramáticos, se vio en la necesidad de soportar mil dificultades entre las que se contaron la fatiga, el calor del desierto, la soledad y el horror de los bosques impenetrables y el encuentro con hombres de aspecto peligroso en lugares donde no había otra protección que la que ella misma podía darse.

Al frente del regimiento

“Me he sentido tan segura en los desiertos de Siberia como en las calles de Moscú o Petrogrado, simplemente porque tenía la confianza absoluta en mi capacidad para dominar y ordenar a los hombres, ya que se los encuentre en la sociedad elegante o como salteadores en los bosques deshabitados. Cuando una mujer descubre su poder femenino, puede vencer a cualquier hombre.

A mi llegada a Petrogrado, fui invitada a comer con el zar y su familia. Obsequié al emperador mi resistente petizo cosaco, con el que había hecho el viaje, y recibí, en cambio, un caballo de silla favorito de su majestad.

Al estallar la guerra me incorporé al regimiento cosaco en que mi esposo había servido años atrás.

Esta valiente mujer es una dama refinada, de gustos deportivos y que posee talento musical. Su diario demuestra también habilidad literaria. Mientras era teniente escribió una noche la siguiente nota referente a la salida que se le ordenó para conocer las fuerzas enemigas: “Era una noche de invierno, la luna alumbraba una noche espectral. Un viento constante silbaba y gemía en torno de las ruinas de la aldea en que tanta alegría había habido antes de la batalla y después tanta miseria. Iba a caballo con una compañía de veinte hombres. Entre los repliegues solemnes y silenciosos de las colinas que se erguían delante de nosotros, brillaban de trecho en trecho misteriosas luces que semejabán mágicas señales. Cada una de ellas indicaba una batalla oculta. Así que avanzábamos, íbamos encontrando diseminados en el camino ca-



Ecaterina Teodoroiu, heroína rumana de la Gran Guerra.

jones rotos, mochilas, útiles domésticos, cadáveres y caballos muertos que el enemigo había dejado en su apresurada retirada. Excelencia, murmuró de pronto mi asistente, veo allende aquella colina un punto movable. Puede ser la cabeza de un dady, como llamamos nosotros a los alemanes. A la luz de la luna podíamos ya distinguir la primera línea de las trincheras enemigas. Preparé mi fusil, apunté e hice fuego. El punto se convirtió en una figura negra que se irguió vaciló y cayó. Estaba a unos 150 pasos de distancia. Seguimos adelante y contemplamos una fila gris de trincheras que se extendía en ambas direcciones ante nuestra vista, una fila de trincheras que nos fascinaba y aterraba a la vez. Allí se ocultaba la muerte. Más puntos negros se destacaron ahora dirigiéndose hacia el sitio donde había desaparecido el primero. Unas pocas figuras surgieron de las tinieblas y corrieron hacia nosotros. Mis muchachos y mis muchachas

se prepararon para una descarga. Apuntaron. Ordené entonces hacer fuego a las figuras, cayeron o corrieron a refugiarse de nuevo en sus trincheras. Una luz cegadora brilló arriba de la colina y la batería del enemigo abrió fuego sobre nosotros. Sus ametralladoras rompieron el silencio y entonaron la canción de la muerte. Pronto tiremos a los dadies, exclamó uno de los soldados próximos a donde yo estaba. Abrimos de nuevo el fuego y debimos matar o herir cien o más de ellos, después de lo cual volvimos rápidamente a nuestro campo, sin haber tenido una sola pérdida".¹⁶

La historia de Alexandra Kudasheva fue una de las miles del llamado feminismo militar ruso durante la Primera Guerra Mundial. Así, hace exactamente un siglo (marzo de 1917), el gobierno provisional ruso, dirigido por Alexander Kerenski¹⁷ (1881 – 1970), autorizaba la creación del 1er Batallón Feme-



nino de la Muerte, al mando de María Bochkareva¹⁸ (1889 – 1920). Poco tiempo después fueron creándose unidades similares como el 1er Batallón Femenino de Petrogrado, el 2do Batallón Femenino de la Muerte en Moscú y el Batallón Femenino de Asalto de Ekaterinodar.

La historia de la británica Flora Sandes¹⁹ (1876 – 1956) es, por lo contrario, una de realización personal. Sandes fue enfermera voluntaria y cofundadora del Fondo de Bienestar del Soldado Serbio y combatiente por derecho propio en las filas de dicho ejército. En noviembre de 1916 fue herida en Macedonia en un contrataque búlgaro; esta acción de armas le valió recibir la Estrella de Karageorge, la más distinción al valor en el campo de batalla de Serbia. Su biógrafa Louise Miller, autora del libro “A Fine Brother: The Life Of Captain Flora Sandes”, dice que lo que la animaba era su sed de aventura y su arrojo iba de la mano de un gran sentido del humor. Al preguntársele por su extraordinaria vitalidad, ella contestaba: *“Cuando era niña rezaba todas las noches para que despertara convertida en niño. Pronto comprendí que si había tenido la mala suerte de ser mujer, lo mejor que podía hacer era lo mejor de un mal trabajo”*. Su vida no se desvaneció de la memoria colectiva gracias a la Salonika Campaign Society, una asociación histórica creada para mantener vivo el recuerdo del frente olvidado de la Gran Guerra, los Balcanes, donde sirvieron alrededor de 200,000 soldados británicos. Flora Sandes figura como uno de los personajes emblemáticos de la serie postal “Heroínas Británicas de la Gran Guerra en Serbia”, emitida por esa nación en 2015.

Rumania también cuenta con una heroína de las mismas características. Se trata de Ecaterina (Catalina) Teodoroiu (1894 – 1917). La carrera bélica de Ecaterina fue sumamente breve pero muy intensa. Enfermera voluntaria en el frente, se destacó por su serenidad en la defensa del puente sobre el río Jiu (14 de octubre de 1916), contra las fuerzas invasoras alemanas. Tras la muerte de su hermano se unió en calidad de voluntaria al 18vo Regimiento de Infantería. Por su valor en combate recibió varias condecoraciones militares y, con el rango provisional de teniente segundo, se le dio el mando de un destacamento de 25 soldados. Murió el 3 de setiembre

de 1917, al mando de su unidad, en un contrataque contra los alemanes. Sus últimas palabras fueron: *¡Adelante, voy con ustedes!*²⁰

AMBULANCIAS, HOSPITALES Y ESCUELAS

El primer lugar donde echó raíces la participación femenina en la guerra fue el hospital. Esto se debió a la labor desarrollada por la madre de la enfermería profesional, la británica Florence Nightingale (1820 – 1910), durante la Guerra de Crimea (1854 – 1856). Esta intervención adquirió una nueva faceta en la Gran Guerra mediante la conducción de ambulancias. Pilotadas por voluntarias de diversas nacionalidades –en particular estadounidenses y británicas– las ambulancias evacuaban a los heridos de noche, con las luces apagadas y sorteando rutas imposibles llenas de cráteres y el peligro de ser víctimas de los feroces duelos de artillería en el frente occidental. Esta labor adquirió un perfil mediático que se veía reflejado en la prensa de la época, tal como lo demuestra esta crónica de LA VANGUARDIA, del 23 de julio de 1916:

“Le Havre, 26 de junio de 1916

Una de los aspectos más nuevos de esta guerra que ya va siendo vieja, es el empeño extraordinario que demuestran las mujeres en aliviar y socorrer las miserias de los hombres. No es que el hecho, en sí mismo, sea exclusivo del momento actual. En todos los tiempos, la más delicada mitad del género humano se ha apiadado de la otra mitad, cuando ésta se sintió atacada por la locura fratricida. El amor de Isolda tuvo sus remotos comienzos en la piedad instintiva con que, un día, salvará de la muerte a Tristán (...)

No es ese, pues, el aspecto que deseo indicar. Lo que hay de nuevo en la beneficencia femenina actual, no atañe al fondo sino a la forma, a la extensión que ha tomado este sentimiento humanitario. Hasta ahora la actividad caritativa de la mujer, en tiempos de guerra, revestía siempre un carácter religioso o patriótico y, en todo caso, un cierto pudor corporativo. De una parte, había las órdenes conventuales; de otra, las “Juntas de Damas”, los “Patronatos”, las “Ligas” y los “Obradores”. En todas estas instituciones, la actividad femenina es-



taba perfectamente limitada y como circunscrita a determinados servicios exclusivos del sexo-: cuidado de enfermos, auxilio de heridos, amparo de huérfanos y socorro de familias pobres o necesitadas. En ningún caso la solicitud femenina traspasaba ciertos límites tradicionales. Y esta reserva voluntaria constituía el «pudor corporativo» a que me he referido.

Pero la guerra ha modificado hasta las virtudes. Y del mismo modo que las batallas modernas no tienen nada que ver con las de hace un siglo, las prácticas de la beneficencia femenina tampoco se parecen a las de ayer. La caridad, como los métodos guerreros, ha tomado proporciones insólitas. Y en el terreno de su ejercicio humanitario, las mujeres están realizando una revolución a lo menos tan considerable como la que ha tenido lugar en la estrategia.

La inmensa mayoría de las “revolucionarias” son norteamericanas o inglesas. Sólo en Francia se cuentan por algunos millares; en París, abundan; pero El Havre es un lugar ideal para sorprenderlas en plena acción y en su elemento. La característica de estas mujeres es, para resumirla en una pala-

bra, la suficiencia. Pero una suficiencia tomada en el sentido noble del vocablo, exenta de pedertería, franca, digna; una suficiencia que equivale a la capacidad de libertad, a independencia individual y a energía. Estas mujeres no han hecho más que romper los límites tradicionales de su pudor corporativo; o, mejor dicho, se han aplicado a ensancharlos, sin quebrantar en lo más mínimo su pudor personal (...) Corren, lavan, velan, cuidan enfermos, como antes; pero al mismo tiempo administran y gobiernan sus establecimientos, guían sus automóviles sanitarios, montan las motocicletas de sus ambulancias y dirigen sus laboratorios. Continúan siendo los ángeles de la caridad y las humildes violetas de siempre; pero, además, son doctoras, farmacéuticas, químicas practicantes y hasta cocheros”.

El servicio de ambulancias tuvo heroínas. Entre ellas destaca la hermana del general sir John French (1852 – 1925) la señora Katherine Mary Harley (1855 – 1917). Prominente sufragista, dejó de lado su causa para ponerse al servicio del ejército en las ambulancias, primero en Francia, donde recibió la Cruz de Guerra, en 1915, y luego en Serbia. Al mando de una ambulancia motorizada en los Balcanes,



Trabajadoras alemanas, 1917.



la señora Harley y su hija Edith no medían el peligro por auxiliar a los heridos, incluso de noche y en áreas cercanas al campo de batalla, dentro del rango de fuego de la artillería enemiga.

Cuando a inicios de 1917 los aliados recuperaron la ciudad serbia de Monastir (actualmente Bitola, República de Macedonia), la señora Harley no dudó en ir allá a fin de proveer asistencia a la población civil. El 7 de marzo de 1917 un proyectil alcanzó la casa que le servía de centro de operaciones. El general Maurice Sarrail (1856 – 1929), comandante en jefe de los ejércitos aliados en Oriente, ordenó el traslado de sus restos a Salónica, sede de su comando, y dispuso los arreglos para su funeral en el Cementerio Militar de dicha ciudad. En su lapida reza la siguiente inscripción, especialmente escogida por los oficiales y soldados del ejército serbio: *“En tu tumba, en lugar de flores, florecerá la gratitud de los Serbios. Por tus actos maravillosos tu nombre será recordado de generación en generación”*.

La experiencia bélica de la ambulancia quedó plasmada en la literatura de la posguerra en la versión femenina del bestseller de fines de la década de los años veinte, *“Sin Novedad en el Frente”*, del escritor alemán Erich Maria Remarque (1898 – 1970).

“Hay novedad en el frente: Hijastras de la guerra”²¹ (*“Not So Quiet”*, su título original en inglés), de Helen Zenna Smith, seudónimo de la actriz, periodista y escritora australiana Evadne Price (1888 – 1985), fue una obra de ficción anti bélica que tiene como cimiento el diario de guerra de una conductora de ambulancia, Winifred Constance Young. En Alemania una obra similar –esta vez autobiográfica– *“Katrin Becomes A Soldier: A Novel of Alsace Lorraine”* (1930), de la escritora, Hertha A. Deutsch (1897 – 1980), publicado bajo el seudónimo de Adrienne Thomas, alcanzó igual repercusión y también fue el inicio de una trilogía en la cual la autora retrató en sus páginas su vida en el exilio en Austria, Francia y los Estados Unidos, perseguida por los nazis.

El hospital no perdió preminencia en el accionar humanitario femenino. Por lo contrario, éste se acercó al frente gracias a la iniciativa de la científica

franco – polaca Marie Curie (1867 – 1934), al trasladar en automóviles modificados los aparatos de radiología, a fin de examinar a los heridos antes de someterlos a cirugía y determinar la ubicación de los restos de metralla. Esta tecnología daba sus primeros pasos al estallar la guerra. Vital para la victoria defensiva en la primera batalla del Marne (5 – 12 de setiembre de 1914), los *“Petite Curie”* –así llamaban los soldados galos a estos vehículos médicos– eran conducidos y operados por voluntarias, al mando de su hija mayor, Irene (1897 – 1956), que al momento de iniciarse la conflagración acababa de ingresar a la Universidad de la Sorbona.

Otra gran humanitaria fue la enfermera y maestra francesa Marie Clémence Fouriaux (1857 – 1932), el alma del hospital militar de Reims durante el feroz sitio de las tropas germanas, la maestra voluntaria que prosiguió dictando clases a los niños de la escuela subterránea de la calle Libergier y la organizadora de la evacuación de los últimos civiles en la ciudad. Por todas estas acciones fue distinguida, en julio de 1917, con la Legión de Honor. Finalizada la guerra fundó y presidió hasta su muerte la asociación *“Retorno a Reims”*, dedicada al apoyo de las familias locales dispersas en toda Francia.

EL VOTO DE UNA MUJER

En el otoño boreal de 1916 era evidente que la neutralidad de los Estados Unidos se hacía insostenible. El presidente Woodrow Wilson –candidato a la reelección en los comicios del 7 de noviembre– intentaba mantener a su país fuera de la guerra, pero ésta iba acercándose a sus costas y, sobre todo, a su opinión pública.

Un creciente porcentaje del electorado era femenino, puesto que en muchos de los estados de la Unión ellas iban ganando el derecho al sufragio.²² Jeanette Rankin (1880 – 1973) fue una de las activistas detrás de esta conquista y la primera mujer elegida a la Cámara de Representantes el 7 de noviembre de 1916.

La elección de la señora Rankin era un hecho significativo. Hoy en día sonaría ofensivo referirse a una mujer dedicada a la política como *“la única*



que figura como individuo en la Cámara de Representantes²³...”, pero su voz entonces era la de una multitud contraria a la guerra, que casi al unísono decía al gobierno que “no habían criado a sus hijos para soldados”.²⁴

La señora Rankin se mantuvo fiel a ese compromiso y, en abril de 1917, al discutirse en el Congreso estadounidense la declaración de guerra contra las Potencias Centrales, votó en contra de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Dijo: “Quiero tomar partido por mi país, pero no puedo votar por la guerra”.²⁵ De la cincuentena de votos contrarios a la guerra, el suyo fue el más criticado, incluso por el movimiento sufragista, acusándole de haber antepuesto su ideario pacifista a la causa del sufragio femenino.

Rankin trabajó incansablemente por la paz mundial y los derechos sociales. En 1940 volvió a ganar un asiento en la Cámara de Representantes por Montana. Tras el ataque japonés a Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, el Congreso puso al voto la declaración de guerra. El recuento fue abrumador: 388 votos a favor y 1 en contra, uno solo, el suyo. Al momento de emitir su voto dijo: “Como mujer no puedo ir a la guerra, y me niego a enviar a nadie”.

EPÍLOGO

En su análisis sobre el carácter socio – económico de la Primera Guerra Mundial, el historiador francés Marc Nouschi, apunta que se puede resumir en la secuencia prever, planificar, organizar, repartir, etc.²⁶ La organización era la clave en para la victoria en una guerra que se caracterizó por el estancamiento en el Frente Occidental y la necesidad de tomar decisiones sumamente controvertidas para la época en Europa Oriental. Esta misma lógica se aplicó al mercado de trabajo, y entre sus consecuencias inmediatas estuvo la feminización del trabajo. Y si bien la participación femenina en el mundo del trabajo decayó en la primera posguerra, ésta se mantuvo firme como una tendencia irreversible. Su capacidad había quedado plenamente demostrada en las fábricas de municiones, astilleros, talleres de construcción de motores, calderas y,

interesantemente, en una nueva industria, la aeronáutica.²⁷ “La Munitionnete” –la obrera de la fábrica de municiones– fue la madre de “La Garçonne”²⁸ –La Muchachona– de los años veinte del siglo pasado. No todas las veteranas de las fábricas devinieron en muchachonas; muchas volvieron a su rol tradicional, pero en un plano de mayor respeto y equidad con respecto de los hombres. Este progreso alcanzaría su total madurez durante la Segunda Guerra Mundial, con íconos del feminismo en los Estados Unidos y el Reino Unido, Rosie la Remachadora²⁹ y las pilotos del ATA³⁰ (Air Transport Auxiliary), una organización civil que se encargó de la logística aeronáutica de la RAF entre 1940 y 1945. Lo propio ocurrió en el ámbito militar en la mayoría de los ejércitos de las naciones contendientes, destacándose la Unión Soviética por el gran porcentaje de mujeres involucradas en roles de combate.

Hemos debido limitarnos en este artículo al marco cronológico tradicional que se le da a la Primera Guerra Mundial, el inicio y final de las hostilidades en Europa Occidental (28 de julio de 1914 – 11 de noviembre de 1918). La hoguera bélica tardó en extinguirse en el este de Europa y Asia Menor,³¹ razón por la cual miles de mujeres siguieron luchando en las llamadas “guerras de la Gran Guerra”.³² Sus historias quedan en el tintero, para un próximo trabajo sobre la materia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. La hija menor de Winston Churchill, Mary Soames (1922 – 2014) fue comandante de una batería anti aérea en Inglaterra, Bélgica y Alemania
2. “Todo lo que creía que era cierto ha colapsado y lo que creía imposible se ha producido” (1931)
3. WILSON, H.O (1915, 14 de enero), “EFECTOS DE LA GUERRA EN LONDRES”, La Vanguardia, Barcelona , p 10 - 11
4. WILSON, H.O (1912, 08 de diciembre), “LA REVOLUCIÓN FEMENINA”, La Vanguardia, Barcelona, p. 9.
5. WILSON, H.O (1915, 26 de enero), “LA MUJER Y LA GUERRA”, La Vanguardia, Barcelona, p. 11
6. Seudónimo de la escritora Berthe Rey
7. “LA MOVILIZACION FEMENINA”, La Vanguardia, 14 de setiembre de 1915, p. 8



8. Ibidem
9. GAZIEL, (1916, 05 de setiembre), "MIMI PINSON Y LA GUERRA", La Vanguardia, Barcelona, p. 10
10. CANAL HISTORIA, "LA GRAN GUERRA", (2013), Penguin Random House Grupo Editorial, SAU, Barcelona, 541p, p.421
11. SAGREDO, Jorge Luis (1916, 04 de octubre), "LA MADRINA", La Vanguardia, Barcelona, p. 11
12. Alusión al emperador Guillermo II y su época (1889 – 1918)
13. Deutsche Welle (2014, 09 de abril), "A YOUNG TEACHER, THE LOVE OF GOD, AND THE HORRORS OF WAR", <http://www.dw.com/en/a-young-teacher-the-love-of-god-and-the-horrors-of-war/a-17547503>
14. "PRUSIA Y LOS DEMÁS ESTADOS ALEMANES", La Vanguardia, sábado 20 de mayo de 1916, sección "La Guerra Europea", página 12, tercera columna
15. "DESORDENES EN DÜSSELDORF", La Vanguardia, viernes 13 de abril de 1917, sección "La Guerra Europea", página 8, tercera columna
16. "LA VIDA EN LOS CAMPOS DE BATALLA – EL DIARIO DE UNA CORONELA", El Comercio, Sábado 7 de agosto de 1915, Edición de la Tarde, Página 1
17. CHAMAME ORBE, Raúl (2017, 12 de mayo), "APOLOGIA A KERENSKY", Expreso, Lima
18. Ver: https://es.wikipedia.org/wiki/María_Bochkariova
19. LEE, Adrian (2015, 28 de noviembre), "FRONTLINE FLORA, THE COMBAT HEROINE WHO FOUGHT ALONGSIDE MEN IN THE FIRST WORLD WAR", Express, Londres
20. Ver: https://en.wikipedia.org/wiki/Ecaterina_Teodoroiu
21. La historia de esta obra es, por sí misma, una novela que requiere una extensa digresión. Lo cierto es que se dudó de su autenticidad y luego fue el origen de varias novelas más donde se describía la vida de la heroína de "Not so Quiet" durante la pos-guerra, tocando temas del momento el cuidado de los inválidos de la guerra, la decadencia de los años locos, la eugenesia y la miseria reinante en las urbes de Occidente.
22. "LAS MUJERES CONTRA LA GUERRA", La Vanguardia, miércoles 1º de noviembre de 1916, sección "La Guerra Europea", página 12, segunda columna
23. "EL VOTO DE UNA MUJER", La Vanguardia, domingo 08 de abril de 1917, sección "La Guerra Europea", página 12, primera columna
24. "LAS MUJERES CONTRA LA GUERRA", La Vanguardia, miércoles 1º de noviembre de 1916, sección "La Guerra Europea", página 12, segunda columna
25. "EL VOTO DE UNA MUJER", La Vanguardia, domingo 08 de abril de 1917, sección "La Guerra Europea", página 12, primera columna
26. NOUSCHI, Marc, "HISTORIA DEL SIGLO XX", Ediciones Catedra, S.A, Madrid, 1999, 547p, p. 34 – 35
27. "LA MUJERES REEMPLAZARAN A LOS INGENIEROS". El Comercio, jueves 21 de diciembre de 1916, edición de la mañana, sección "La Conflagración Europea", página 1, sexta columna
28. Novela del escritor francés Víctor Margueritte de 1922, la cual dio origen a una moda y actitud de ruptura con los cánones de femineidad de la preguerra. Sus símbolos más visibles era el abandono del corsé y las faldas largas, el cabello corto y una figura estilizada, de adolescente.
29. Icono cultural de Estados Unidos que representa a las mujeres de ese país que trabajaban en fábricas de armamento durante la Segunda Guerra Mundial Ver: https://es.wikipedia.org/wiki/Rosie_the_Riveter
30. Ver: https://en.wikipedia.org/wiki/Air_Transport_Auxiliary
31. Durante el turbulento periodo de disolución del Imperio Otomano (1918 – 1923), las mujeres tuvieron una notable participación en el ejército nacionalista que luchaba por la preservación de la integridad territorial.
32. VEIGA, Francisco, MARTIN, Pablo (2014), "LAS GUERRAS DE LA GRAN GUERRA (1914 – 1923)", Los Libros de la Catarata, Madrid, 318 p. 📖